

EL PRETEXTO

En más de una ocasión he escrito acerca de ese hecho extraordinario y extraño que nos acontece y sobre el que no nos detenemos a pensar: vivir. Sin saber por qué, un buen día nos encontramos en este mundo, rodeados de una enorme y variada cantidad de objetos, de materia, de seres diversos, semejantes unos, distintos y variopintos otros. Si esta percepción se produjera de manera repentina, teniendo ya clara conciencia, sin duda nos causaría asombro, sorpresa, tal vez miedo. Por suerte el suceso lo vamos asimilando de forma lenta y pausada, mientras tiene lugar el desarrollo de la persona.

Nos encontramos, pues, con un mundo que se nos da, a primera vista, acabado, con un funcionamiento que se nos antoja natural y sometido a unas leyes físicas automáticas; un mundo invariable y permanente. Pero no es así. El universo evoluciona con lentitud imperceptible si lo comparamos con la fugacidad de la existencia humana; y todos los seres, nosotros mismos, de forma individual, no solo cambiamos de aspecto sino también de mentalidad, de entendimiento, de forma de ver y comportarnos ante cuanto nos circunda. De ahí que, históricamente —por el simple transcurso del tiempo— puedan observarse diferencias con respecto a nuestros antepasados, más o menos remotos.

Existen, sin embargo, mientras la antropología no nos demuestre otra cosa, unas constantes que han influido, al menos durante largos periodos, en nuestro psiquismo. ES lo que ocurre con la agresividad humana. Nuestra especie es, con toda probabilidad, la inventora de ese deporte cruel y diabólico de la guerra. Otros seres vivos matan y destruyen impelidos por la necesidad o buscando la supervivencia. El hombre lo hace, además, por otras motivaciones ajenas a las exigencias del cuerpo y del a propia defensa. Pese a estar dotado de un instrumento

tan valioso como la inteligencia, que debiera encauzar todo esfuerzo hacia la ayuda mutua y la convivencia pacífica, utiliza esta preciosa facultad para herir, dominar, matar..., como si tuviera el privilegio de una libertad absoluta para el dominio sobre todo lo existente en su alrededor, incluidos sus semejantes. Para Hobbes esta primigenia libertad sin limitaciones –"estado de naturaleza"- hubo de cederla en parte, dando lugar así al inicio de lo que después sería el estado moderno, más claramente enunciado en el contrato social de Rousseau, con objeto de evitar suicidas colisiones.

Y llegamos, así, a la cuestión central, al núcleo sobre el que pretendo reflexionar en este breve espacio. El problema que intentaba solucionar el estado surgido de la cesión de libertad individual (el aludido contrato) no ha resuelto las conflictivas relaciones humanas, individuales o colectivas. El hombre sigue siendo agresivo, quizás más refinadamente agresivo que en el pasado, de manera acusada cuando actúa en colectividad. Pese a disponer y contar con tecnología y ciencia capaces de solucionar sus carencias, podemos ver cada día, con sorprendente insensibilidad, más acciones violentas, más sofisticadas crueldades, más injusticias y abusos de poder y de fuerza.

¿Qué ocurre? Ni el supuesto contrato que indicaba Rousseau, ni la transformación de la sociedad en la nación moderna, ni los conocimientos históricos, ni las experiencias recientes de destructivas conflagraciones mundiales con sus horrores, han sido capaces de desterrar del hombre la agresividad. Parece como si ésta estuviera inscrita en sus genes, arraigada en ellos de forma férrea, sin posible eliminación. A estas alturas resulta lícita preguntarse la influencia de las creencias en este lado negativo de la personalidad humana, pues está claro el fracaso de la filosofía, sistemas e idearios sociales en un cambio radical del comportamiento de la persona; porque las creencias, consideradas como ideas en las que se está, no que se tienen (Ortega y Gasset), ejercen un efecto de endurecimiento (como un inmaterial cemento rápido) que impide el libre juego del raciocinio para diseñar y realizar rectificaciones. Y no se considere "creencia", en el sentido aquí examinado, a las religiones; éstas poseen elementos comunes con ellas pero, además, otros componentes, entre los que pueden destacarse la fe, el deseo de supervivencia, el ansia de justicia o recompensas en un más allá al diario sufrimiento. Las otras, arraigadas a veces con increíble fuerza, son simples sustitutivos, que han fracasado ruidosamente, algunas no hace mucho tiempo.

En el devenir histórico, las religiones, especialmente las mono-

teístas derivadas de la Biblia, han ido adaptándose al desarrollo social, especialmente el cristianismo, al que no puede negarse, pese a errores del pasado, reconocidos con humildad, su gran influencia positiva en la civilización occidental y que, hoy, sea la más firme base para neutralizar la violencia. No ocurre así con otras, tal vez manejadas o envenenadas por ideas o "creencias" fanatizadas, que en nuestros días siembran la desolación, tomando a Dios como pretexto ¿Cabe mayor aberración? Dios-Creador mal puede promover ni aceptar nada que destruya su creación.

En nuestro cristianismo la solución al problema de la agresividad fue enunciada de forma clara, asequible al más torpe, si el egoísmo no nos nublara con tanta frecuencia la mente: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mt 22-39), tratarás a los demás como desees que te traten... No existe precepto más comprensible ni más sencillo... Y, sin embargo, lo frecuente, lo casi cotidiano, es su olvido o estremecedora manipulación; aún en estos momentos, en estas horas fugaces que todavía vivimos, podemos contemplar actuaciones que tratan de desvirtuar o borrar el contenido: proclamación de diferencias étnicas o identitarias, insolidaridad, miradas nostálgicas o conflictos finiquitados que tal vez pueden engendrar nuevos rencores y crear caldo de cultivo para otras violencias por ideas ya obsoletas y superadas, divisiones colectivas y territoriales, nacionalismos exacerbados... Y, por encima de todo, los intereses personales y económicos, y el simple orgullo, y el desprecio a los demás, y la incapacidad para reconocer errores y sentirnos iguales... Fanatismo, al fin y al cabo, de la peor especie, intransigencia visceral. Sería necesario grabar de nuevo al fuego, en el corazón humano, los mandamientos portados por Moisés; o que tuviese lugar otro sermón de la montaña, donde la voz enérgica de Jesús nos recordara las bienaventuranzas, o que lenguas de fuego, como en un nuevo Pentecostés, sobre la generalidad de los hombres, abriera nuestras inteligencias a la única verdad: Sólo en Dios podemos alcanzar la plenitud como seres humanos; solo en Él encontraremos, serenidad, paz y la felicidad auténtica.

Miguel Molina Rabasco